

Loïc Wacquant,
Las cárceles de la miseria
 Ed. Manantial, Buenos Aires, 2000.

Este libro de Loïc Wacquant que reseñamos, traducido a trece idiomas, constituye una síntesis de otros varios estudios suyos, publicados en forma de artículos desde hace una década. Wacquant, investigador universitario en Estados Unidos, nos conduce de lleno a la convergencia generada en las sociedades avanzadas entre un creciente sistema penal y una tendencia generalizada de lo que él nomina “desregulación del espacio público”.

Con datos sustentados además en al menos otros cuarenta estudios de caso de varios países, este autor revela el proceso de constitución de un modelo prolijo de Estado penal para la gestión judicial y carcelaria de la pobreza, que se erige al mismo tiempo junto a una “ciudadanía” consistente en la promoción del trabajo asalariado precario (a lo *fast food*), con futuro incierto, modalidad interina, plazas temporales, y mal pago, donde la empresa “flexible” capitaliza -en cierto modo deliberadamente- la condición de inseguridad que ayuda a reforzar. Por ello no se trata de un tema de administración carcelaria sino mejor de un estudio de los componentes de una compleja política penalizadora

que ha sustituido los intentos por instaurar un Estado social en los países avanzados.

En efecto, este autor desarrolla su análisis con información que revela la convergencia y el reforzamiento de estos dos hechos. Por una parte, desde la vertiente de una política de penalización, el autor analiza la estructuración de un aparato que impulsa una gestión punitiva de la inseguridad laboral y de las condiciones de precariedad de nuevo tipo. Esto se apoya en doctrinas, primero, que provienen de la aplicación de los principios de la economía de mercado a los problemas sociales y, segundo, que mantienen la argumentación que la delincuencia y las violencias provienen de una “excesiva generosidad” de las políticas sociales, pues suponen que ellas pervierten el deseo de trabajar, recompensan la inactividad del individuo e inducen a la degeneración moral de las clases subalternas.

Y por otra parte, desde la vertiente amplia de la precariedad laboral, Wacquant encuentra que existe un traslape de la política penitenciaria y determinados segmentos sociales, especialmente jóvenes adultos “en situación de espera entre la escolaridad y el trabajo”; sectores con mínima escolaridad y confrontados a empleos inseguros.

La presión penal coincide, así, sobre segmentos de población marginada del mercado laboral, entre los que se hallan población joven, inmigrantes de diversa condición y, en muchos países, bajo una clara connotación racialisista y desproporcionalidad etnonacional (es notable, por ejemplo, el índice de encarcelamiento en Europa de mujeres afroantillanas).

Según las investigaciones recopiladas por Wacquant, las probabilidades de sufrir una detención son reforzadas por el hecho de carecer de trabajo seguro. Además, un condenado sin empleo es apresado con una mayor frecuencia, a lo cual se añade la poca probabilidad futura de inserción profesional del detenido o detenida, situación que incrementa también la duración efectiva del encarcelamiento. En muchas de las sociedades analizadas, casi la mitad de detenidos tuvo solo educación primaria, y otro tanto carecía de cualquier trabajo en el período previo al encarcelamiento.

Por ello el encarcelamiento y las más sofisticadas formas de panoptismo social que se están instaurando, lejos de resolver, ratifican la preca-



Alejandro Moreano,
El apocalipsis perpetuo
Abya-Yala, Quito, 2002.

Cuando se publiquen estas notas, la demencia obstinada de Bush, exacerbación de la locura codiciosa de occidente, habrá desplegado su furia sobre Irak y estará enfilando sus armas contra Corea del Norte, Colombia o cualquiera otro lugar del mundo.

Es que a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre, la estrategia imperial de los Estados Unidos giró hacia la lógica de la guerra permanente y la amenaza siempre renovada de la devastación del mundo. Se trata pues del *Apocalipsis perpetuo*, lógica de dominio de un imperio cuyo centro es el poder político militar de los Estados Unidos y el despliegue hasta los últimos confines planetarios del poder de las grandes multinacionales; lógica general que es al mismo tiempo la tesis central del libro de Alejandro Moreano y que le da su nombre.

Los cuerpos aplastados bajo miles de toneladas de cemento y vidrio del World Trade Center instalaron la Muerte, la siempre conjurada, en el imaginario de los norteamericanos; “los terroristas han vuelto la dialéctica hegeliana contra el amo: son ellos los que no tienen miedo a la muerte: El amo, entre tanto, se con-

sume de pavor, arrinconado por una muerte sin rostro que por primera vez no le pide permiso y se instala en sus ojos”, dice Moreano en las páginas finales del libro. Y parece entonces que por un momento occidente perdió el monopolio de la muerte pues ella no puede desplegarse como amenaza sobre aquellos que están dispuestos a morir en cualquier momento. Sin embargo, dice Moreano, “los terroristas calcularon mal. Su acción estaba (pre) escrita en el guión del Imperio como pretexto necesario para desplegarse en todo su esplendor... El monopolio del apocalipsis volvió a los EEUU. O mejor dicho, nunca salió de sus manos. Ayer Bin Laden, hoy Saddam Hussein. El guión está escrito: la guerra contra el terrorismo nunca se termina de ganar... Es la guerra de la victoria interminable. El apocalipsis perpetuo”. El corolario de lo anterior es la guerra permanente: las masacres y el exterminio a la manera de la guerras del Golfo, Yugoslavia, Afganistan y las que incesantemente vendrán.

Pero ¿cuál es el sentido de esa guerra permanente que inicia con Afganistan? Se trataría, al decir de Moreano, del control geopolítico del Asia Central, de la contención de las siempre amenazantes China, Rusia e India, del control geopolítico del orbe árabe (la guerra de Irak) y por supuesto de garantizar el dominio de las gigantescas reservas petroleras del Golfo Pérsico y del mar Caspio. Pero sobre todo se trataría de conjurar los “peligros” que suponen para el Imperio la explosión de la diversidad y la configuración de un mundo multipolar que tiende a surgir en los períodos entre guerras: “la guerra perpetua que arrastre finalmente a todos es la estrategia norteamericana para congelar la diversidad”.

Empero, configurar al terrorismo como el enemigo a combatir, no solo busca legitimar la guerra permanente, sino “encerrar a la humanidad entera en una suerte de gueto o campo de concentración sometido a la vigilancia de un dios paranoico”. El discurso de Bush expresa, ya sin ningún tapujo, esa visión policíaca del mundo que no se limita únicamente al sometimiento de los por él llamados “estados delincuentes” sino que extiende su campo de acción al interior de cada uno de los países, incluso de los propios Estados Unidos, en donde la pérdida de los derechos civiles y las

libertades es solo una de las manifestaciones de lo que Moreano llama la “policibilidad” como lógica primordial de ejercicio del poder.

El libro de Moreano fue escrito en el contexto del 11 de Septiembre y la guerra de Afganistán. Lo que está a ocurriendo en Irak y las tendencias manifiestas de las formas actuales del poder parecen confirmar sus principales tesis. Sin embargo, el libro de Moreano es bastante más que eso. En él se recorre buena parte de la historia del siglo XX: se da cuenta con claridad de como el integrismo islámico fue asusado por el Imperio como estrategia para combatir el despliegue del nacionalismo pan árabe y el avance de la Unión Soviética; se pasa revista a las condiciones que llevaron a la desaparición de la Unión Soviética y la derrota de los movimientos de liberación nacional, al error teórico y la imposibilidad práctica de la construcción de socialismos nacionales en el contexto del despliegue de la internacionalización de la economía. Asimismo, da cuenta del orden político y económico que se configura luego de la caída del Muro de Berlín, de las fuerzas sociales y lógicas económicas que lo sostienen, de sus contradicciones y de las fuerzas sociales que se estarían formando y podrían conducir a la conformación del “superproletariado mundial”, pues el Apocalipsis es también, el “sueño de los desesperados por la creación de un nuevo mundo mediante la destrucción de viejo”.

Y el recorrido aludido se alimenta y enriquece con imágenes y metáforas provenientes del cine, la literatura y la historia. Destaca dentro de ellas la del Catoblepas, ese animal mitológico de inmensa cabeza y esmirriado cuerpo, que le sirve a Moreano para describir la lógica del desarrollo desigual, la relación norte-sur, en fin, el mundo actual: “Zonas excluidas, super concentración metropolitana, desarrollo desigual, economías demasiado abiertas, otras demasiado poderosas para abrirse, crecientes brechas tecnológicas, extrema diferenciación del ingreso, cuatro o cinco mil millones de hombres que se vuelven innecesarios, excedentes, yapa, jet set cos-

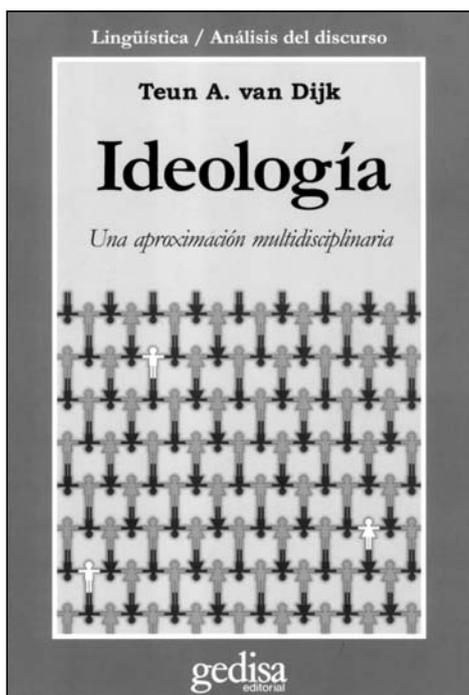
mopolita y repliegue étnico, génesis de un Estado planetario y digregación política de la periferia, una fuerza centrípeta que amenaza abrir el agujero negro y, a la vez, un continuo big bang que rompe todo vínculo y disemina trozos y migas, apertura de una conciencia ecuménica y un hombre escindido y roto, perdido en una suerte de movimiento browniano y sostenido apenas por múltiples voces otras que lo descentran: el Catoblepas es verdaderamente un fenómeno”.

Y detrás del mundo configurado bajo la imagen del Catoblepas, la lógica de la valorización del valor, de la subordinación del valor de uso por el valor de cambio, de la globalización económica y de la exclusión, en fin, de una economía desprendida de cualquiera finalidad humana y cuya única ética es la acumulación.

A riesgo de dejar por fuera gran parte de lo que en *Apocalipsis Perpetuo* se desarrolla, destaca en el libro la crítica al camino que tomaron las ciencias sociales en las últimas décadas: desestimación y suplantación de categorías como “contradicción” por la de “diversidad”; invisibilización del Estado como centro del poder; ausencia de categorías como “capital”, “imperio”, “imperialismo”. A diferencia, aunque no en contradicción, con los desarrollos de Foucault, en donde el poder administra la vida (la “biopolítica”), el poder en tiempos del Imperio vuelve a desplegarse gracias al monopolio de la muerte.

Finalmente, dice Moreano que la globalización es “una verdadera guerra termonuclear que los Estados Unidos ganaron disgregando al universo entero en regiones, aldeas, barrios, estratos, categorías, franjas, átomos, quarks... Nos quitan el país no para darnos el mundo sino una soberanía y un horizonte de vida de 50 kilómetros cuadrados”. La mirada de las ciencias sociales tiene muchas veces ese mismo horizonte; haberla trascendido es quizá el mayor aporte de *El Apocalipsis Perpetuo*.

Simón Ordóñez Cordero



Teun van Dijk,
**Ideología, una aproximación
 multidisciplinaria**
 Gedisa, Barcelona, 1999.

Ideología es sin duda uno de los conceptos más debatidos y controvertidos en las humanidades y en las ciencias sociales. A pesar de los numerosos intentos por abordarla, su definición aún no deja de ser imprecisa. El trabajo de Teun van Dijk atiende la necesidad de clarificar este concepto tan influyente en las ciencias sociales. Se trata de un estudio extensivo que provee una elaboración teórica concisa, sistemática y bastante original sustentada con un estudio empírico, que utiliza al racismo como ilustración de los principios teóricos planteados. Su intención fundamental es explicar la relación dialéctica entre ideología y discurso, en la que el discurso es la práctica principal por la que la ideología se reproduce, y es a la vez controlado y moldeado por ésta.

La propuesta teórica de van Dijk se ubica dentro de los estudios contemporáneos sobre ideología desde la lingüística y la psicología, que la definen como un sistema de creencias y representaciones sociales compartidas, alejándose así de las definiciones previas que tanto en

su uso cotidiano como académico -principalmente en el marxismo-, tenían un tinte peyorativo pues se concebían como las ideas “falsas” de los “otros”. Para van Dijk, las ideologías son los sistemas básicos de la cognición social, conformados por representaciones mentales compartidas y específicas a un grupo, las cuales se inscriben dentro de las “creencias generales (conocimiento, opiniones, valores, criterios de verdad, etc.) de sociedades enteras o *culturas*” (pág. 92). El eje de su propuesta teórica es la interrelación entre los elementos que conforman el triángulo fundamental cognición, sociedad y discurso.

Dentro de la cognición social la principal función de la ideología es la de organizar las representaciones mentales, las mismas que mediante actitudes¹ y conocimiento específico del grupo, controlan las creencias sociales y personales -especialmente las opiniones-, y las prácticas sociales, entre ellas el discurso. En este cuadro, los modelos mentales son el elemento que vincula lo social con lo personal y los elementos cognitivos con las prácticas sociales, en tanto determinan parte del contexto en el que funciona la ideología. El modelo mental es el sistema de percepción y representación subjetivo y particular de cada individuo acerca de las realidades que lo rodean. A través del modelo mental el individuo interpreta subjetivamente el discurso, y éste se elabora a su vez en base a los modelos mentales conformados por información socialmente compartida.

El aspecto social de la ideología es básicamente su característica compartida por grupos específicos. A su vez, los grupos ideológicos se organizan en torno a un esquema conformado por categorías sociales como pertenencia, actividades, objetivos, valores, posición y recursos. Este esquema cognitivo define las funciones del grupo, su identidad e intereses. Respecto a la relación entre el poder y las ideologías, en tanto éstas organizan también las relaciones sociales, pueden funcionar para legitimar por una parte

1 “Actitud”, de acuerdo a van Dijk, es un conjunto de opiniones sociales -al contrario de personales- compartidas por un grupo. Las actitudes se inscriben junto con las opiniones, y las ideologías dentro de las creencias evaluativas, que se distinguen de las creencias fácticas en que éstas incluyen el conocimiento considerado verdadero o falso.

el abuso de poder y la desigualdad y por otra la resistencia y el cambio.

Por su parte, el discurso es la práctica fundamental a través de la cual la ideología se transmite, ya que solamente a través del lenguaje y la comunicación la ideología puede “formularse explícitamente”. Además de un análisis semántico de los significados, el análisis del discurso propuesto por van Dijk incluye un estudio de las estructuras del discurso que devela las ideologías subyacentes, por ejemplo “estructuras fonológicas, gráficas sintácticas, léxicas, estilísticas, retóricas,” entre otras (pág. 396).

Su propuesta incluye además un análisis del contexto de producción del discurso mediante el análisis de modelos de contexto², los mismos que ejercen “el control global sobre esa producción del discurso y aseguran que los discursos sean socialmente (o por cierto ideológicamente) apropiados para la situación social” (pág. 396). Además, los modelos mentales se expresan en las estructuras del discurso como las formas, significados y acciones (por ejemplo, entonación, acento, uso de metáforas, entre otras) que obedecen al cuadro de autorepresentación positiva y presentación negativa de los otros. Esas estructuras a la vez influyen en la formación de modelos mentales y por ende en las ideologías para la “comprensión y persuasión del discurso” (pág. 397) La influencia ideológica depende a su vez no solo de las estructuras del discurso sino de otros elementos contextuales, como las representaciones mentales de los receptores, sus ideologías e intereses.

El esfuerzo por sistematizar nociones y conceptos, desglosarlos y explicarlos paso a paso para así construir una teoría sólida sobre la ideología, es definitivamente una de las mayores virtudes del texto. Su afán por evitar el vocabulario estilizado lo libra de caer en eufemismos, situación que lo distingue de una gran parte de escritos teóricos en las ciencias sociales que hacen inaccesible e incommunicable el material planteado. El lenguaje utilizado y la estructura organizativa del texto lo hace fácil de leer, no por eso menos interesante o instructivo, pero definitivamente muy accesible. Aunque no tan literalmente, se puede decir que este libro lo

puede leer y comprender cualquiera, ya que el objetivo del autor es *comunicar* su propuesta.

Ideología es un logro en tanto va más allá de un simple análisis de la ideología en base a debates anteriores. Es una propuesta original pues elabora una teoría propia, no construida fundamentalmente en base a los clásicos que han discutido este tema -Marx, Gramsci, Althusser, Foucault y Durkheim, entre otros-, a la vez que incorpora ideas nuevas de estudios más contemporáneos sobre discurso. Prueba de ello es su énfasis en los aspectos cognitivos y discursivos de las ideologías que trabajos anteriores han subestimado. Su elaboración teórica está empíricamente sustentada con varios ejemplos sobre el racismo, las representaciones de los inmigrantes, entre otros. Para ilustrar en un ejemplo concreto cómo la ideología se esboza y se reproduce en el discurso, van Dijk aplica los principios de su teoría en un análisis discursivo del texto *The End of Racism*, de Dinesh D'Souza, que van Dijk considera representativo de la ideología racista moderna. En su estudio el autor identifica al “conservadurismo” como “metaideología”³, y encuentra allí todos los elementos de su teoría de la ideología.

Por otra parte, el autor insiste en que, aunque no es la única, el discurso es la práctica fundamental que expresa y reproduce la ideología. Esta reflexión constituye la base de su argumento sobre la dialéctica entre cognición y sociedad. Sin embargo, esta interpretación subestima en gran parte las prácticas no-discursivas igualmente fundamentales en la reproducción de ideologías y estructuras sociales, particularmente las prácticas corporales. Su énfasis en el discurso se refleja en la tendencia dentro de la hermenéutica a privilegiar lo que Connerton llama las “prácticas inscriptivas” transmitidas mediante el texto, al contrario de las incorporativas (Connerton 1989:95-96). Esta situación atribuye Connerton a la tendencia, especialmente en la teoría social, de centrarse en el es-

2 Modelos de contexto son modelos mentales de eventos comunicativos que son el contexto en la producción o recepción del discurso.

3 van Dijk introduce este concepto para evitar el problema de definir a un conjunto de creencias compartidas por un grupo de gente que no necesariamente está organizada hacia actividades conjuntas. La metaideología -por ejemplo, el conservadurismo- es un sistema que controla las dimensiones de un conjunto de ideologías más específicas -el racismo, el neoliberalismo, el sexismo-.

tudio del lenguaje por considerarlo “el rasgo distintivo de la especie humana”. En ese sentido, el análisis de van Dijk se acerca a, mas no se fundamenta en, las perspectivas más tradicionales de ideología como son la marxista y la neomarxista, y a la par se distancia de los enfoques analíticos de Weber, Geertz, y Bourdieu, por nombrar algunos.

La continuidad con la línea marxista y neomarxista se observa, por ejemplo, en la interpretación que el autor hace sobre la dirección arriba-abajo que sigue la reproducción de la ideología -y en particular del racismo- desde una elite dominante, hacia las bases. En tanto son las elites las que “preformulan” y controlan “muchas de las creencias ideológicas cotidianas...” debido a su acceso privilegiado al discurso y a los medios de comunicación, “la aceptación, la tolerancia y la diversidad (y sus contrapartidas) son fundamentalmente cuestiones de elite y mientras éstas no acepten sinceramente la multiculturalización de las sociedades occidentales blancas, es poco probable que esto ocurra en la población en general” (pág. 226). Este enfoque choca claramente por una parte con la perspectiva de Foucault, en donde la transformación ocurre desde los espacios capilares del poder en los niveles más bajos, ascendentemente hacia los espacios de poder central (Foucault 1978).

Por otra parte, esta perspectiva difiere de una propuesta más amplia de transformación social que propone un cambio fundamental en aquellos sistemas de percepciones y representaciones (*habitus*) compartidos por elites y dominados (Bourdieu 1994:175). En tanto los dominados *creen* en la dominación⁴ -en este caso en la forma de discriminación racial- es necesaria una transformación en ellos al igual que en

las elites para que ocurra dicha multiculturalización. No sorprende entonces que el concepto de *habitus* no reciba más de media página de atención, a pesar de que varios elementos de la teoría del *habitus* -con excepción del análisis del cuerpo- aparecen a lo largo de la definición de ideología, particularmente en el concepto de modelo mental, que constituye el eslabón entre cognición y sociedad en su propuesta teórica.

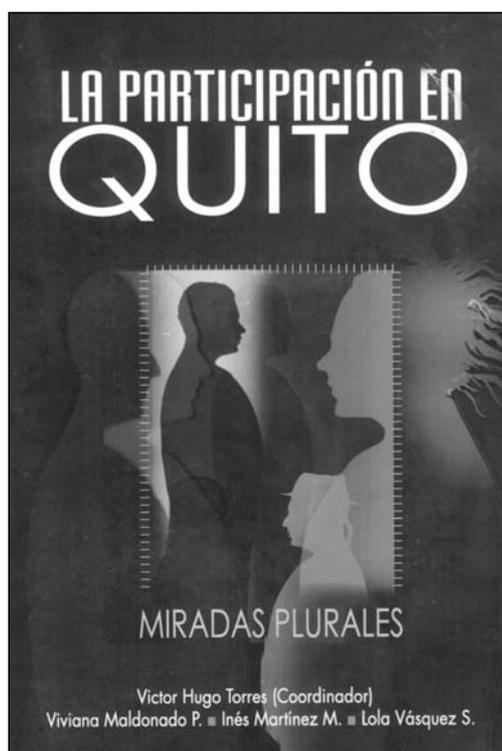
El sesgo cognitivo en el trabajo de van Dijk se entiende en tanto su trayectoria académica se inscribe en el campo de la lingüística y la psicología cognitiva (van Dijk 2003). Si bien su propuesta enfatiza la relación de doble vía entre el campo cognitivo y las estructuras sociales, su caracterización de ésta como multidisciplinaria es cuestionable en tanto el peso analítico recae sobre la mente, una especie de “supranivel” ocupado por el lenguaje, en donde el discurso como práctica en la que se manifiesta la ideología “tiene un estatus especial en la reproducción de la ideología” (pág. 244). En tal sentido, este análisis solo puede mirar al cuerpo y sus prácticas, por ejemplo los gestos, como texto, como un “código semiótico”, mas no como un eje analítico central (*object domain*) para la teorización social (Connerton 1989:104), subestimando así -y en algunos pasajes de manera explícita- las prácticas corporales, como elementos fundamentales en la formación y transformación de representaciones, y en la transmisión y reproducción de relaciones y estructuras sociales, en definitiva, de las ideologías que él describe.

Pilar Egüez Guevara

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre, 1994, *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- Connerton, Paul, 1989, *Bodily practices. How societies remember*, Cambridge University Press, New York.
- Foucault, Michel, 1978, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid.
- van Dijk, Teun, “De La Gramática Del Texto Al Análisis Crítico Del Discurso”, en <http://www.discourse-in-society.org-/teun.html>, 20 Enero 2003.

4 Al contrario del enfoque de Bourdieu, que enfatiza una serie de actos simbólicos -entre los que se destacan las prácticas corporales- para el funcionamiento de la violencia simbólica (Bourdieu 1994), para van Dijk el discurso es la práctica fundamental en este proceso “Los grupos dominantes ya no mantienen su posición por la fuerza ni aún con amenazas... sino por *complejos sistemas de discurso* e ideologías que hacen que (la mayoría de los miembros de) los grupos dominados creen o acepten que la dominación está justificada (como en los sistemas democráticos), es natural (como en la dominación de género y raza) o es inevitable (como en los fundamentos socioeconómicos y la ‘lógica’ del mercado)” (van Dijk 1998: 211, 212, énfasis agregado).



Víctor Hugo Torres (coord.),
Viviana Maldonado, Inés Martínez,
Lola Vásquez,

**La participación en Quito.
Miradas plurales**

Universidad Politécnica Salesiana,
Abya Yala, Quito, 2002.

Con la implantación del Sistema de Gestión Participativa (SGP) en Quito se inicia una nueva etapa en las relaciones municipio-comunidad. El SGP debió haberse convertido en la principal herramienta política de la actual gestión; sin embargo, la propuesta ha sido descuidada desde los más altos niveles del gobierno local y su difusión a través de los medios de comunicación ha sido incipiente.

El acercamiento del SGP con la comunidad opera desde los ejes motrices del sistema, a saber, los cabildos. Su realización, a cargo de las administraciones zonales en funcionamiento, ha convocado a un número importante de habitantes de Quito. Los resultados de estos primeros encuentros bajo el modelo de participación han generado diversas evaluaciones que se contraponen considerando la posición de los

funcionarios municipales encargados, la población y quienes han apoyado de una u otra forma el proceso.

La lectura que nos es ofrecida a partir de “miradas plurales” muestra el proceso de participación materializado en los diversos tipos de cabildos que se han realizado hasta mediados del año anterior. El libro se inicia con una visión general del SGP, para luego presentar reflexiones sobre los cabildos sociales y étnicos realizados en el distrito.

A partir de una visión crítica, Víctor Hugo Torres analiza el nivel de compromiso que el municipio ha adoptado con relación al SGP, reconociendo el descuido hacia la difusión y el escaso nivel de involucramiento por parte de la administración municipal -en concreto, de los funcionarios a cargo de la ejecución del sistema.

Aquí es necesario ubicar el hecho de que un municipio inestable por falta de liderazgo y credibilidad no puede sostener un sistema participativo como el propuesto. No es suficiente la implantación de una ordenanza (la No. 046) para legitimar el sistema tanto al interior del municipio como entre la población. La participación, tal como lo señala Torres, debe ser calada como una filosofía de vida, no como un fin en sí misma.

Con respecto a la convocatoria, queda fuera del texto un análisis que señale las razones para que, al hacer una lectura de la participación de los actores según estrato social, los sectores populares sean los mayores concurrentes. Algo que no es planteado por Torres es precisamente qué sucede con la participación de los estratos medios y altos, ubicados en barrios norte-centrales de la ciudad, en los que también se ha convocado a los cabildos. La convocatoria inicial para la realización de los cabildos, en su distinta composición (territorial, social, temática) fue ampliada, por lo que no resulta muy cercano a la verdad afirmar que el SGP busca la formación única de una base participativa que incorpore estratos populares, limitando la intervención de otros actores en el proceso; en este sentido no cabe referirse a un enfoque funcionalista de la marginalidad urbana, tal como lo señala el autor. Los sectores populares de Quito no son invitados exclusivos, pero su participación se justifica por las propias deficiencias en su calidad de vida y como consecuencia de una composición de tejido organizativo más com-

prometido y estructurado. Adicionalmente, la incorporación de comités barriales, organizaciones sociales e instituciones al esquema propuesto por el SGP, se posibilita por la flexibilidad del sistema, que hasta el momento ha recogido las visiones de otros actores que han intervenido en los cabildos.

Varios son los elementos que otorgan solidez a los cabildos realizados: compromiso institucional, aceptación de los convocados y principales actores en el proceso, la metodología utilizada para la obtención de resultados. No es posible hacer una comparación entre una administración zonal que ha realizado un alto porcentaje de cabildos sin conocer la forma en la que se operó. Si bien algunas administraciones zonales se atribuyen un gran número de cabildos realizados, el número no puede servir de referencia para conocer la calidad y el éxito de los resultados.

Es cierto que los cabildos en su mayoría han resultado en reuniones para la priorización de obras. Pese a que el sentido de la participación aún no está construido para los ciudadanos como una oportunidad política, estos primeros acercamientos deben ser leídos como un aporte de la población al proceso participativo, como una decisión de convertirse en actores activos y coprotagonistas en la gestión en la ciudad. Debe quedar claro que el municipio no es el principal actor del proceso y menos aún el responsable de su éxito. El rol municipal es el de asumir el compromiso y creer en la posibilidad de cambios, tanto internos como a nivel de la comunidad; el SGP deberá ir convirtiéndose en un proceso donde la comunidad pueda avanzar con más autonomía respecto al municipio.

La extensión de la participación entendida con un apoderamiento de la esfera de lo público será el resultado de estos inicios aún algo limitados. Las limitaciones que encuentra el autor por el hecho de que en los cabildos se trabaje únicamente por un barrio o sector definido dejan de serlo a mediano plazo con la propuesta, incluida en el SGP, de la elaboración de planes sectoriales y zonales, que conduzcan a su vez a la formulación de propuestas globales para Quito.

Las mujeres, dentro del SGP, han tenido un rol protagónico. Su presencia es muy visible tanto en los cabildos como en la representación en los comités de gestión. Viviana Maldonado realiza un análisis de lo que han sido hasta el

momento los cabildos de mujeres, reconociendo la mayoritaria participación de mujeres pertenecientes a organizaciones y barrios populares de la ciudad. Sin embargo, al igual que en el resto de cabildos, la convocatoria no está cerrada a una tipología o estereotipo de “mujer líder”; el espacio está abierto, es flexible y está sujeto a cambios y adecuaciones tanto a nivel institucional como social, cuando sean considerados necesarios. Maldonado reconoce que los trámites y trabas municipales frenan el avance del proceso, ya que considera que si bien las mujeres se apoderan del mismo, los funcionarios no están respondiendo a sus expectativas. Su análisis permite de forma clara evidenciar el *proceso* del SGP entendido como tal, y la necesidad de realizar análisis para interpretar la deficiente participación de mujeres de sectores medios y altos.

Lola Vásquez reseña lo que han sido los escasos cabildos étnicos en el distrito. Cabe plantearse si es necesaria una diferenciación para cada grupo que se incorpore al SGP, como un reconocimiento a la diversidad cultural existente en la ciudad. La interculturalidad en este sentido debería ser un eje transversal que cruce la composición del SGP en su propuesta integradora.

Con respecto a los cabildos de jóvenes existen claras diferencias en las convocatorias y las respuestas de los jóvenes al municipio. Inés Martínez recoge criterios entre los diversos grupos juveniles convocados, sobre todo en cuanto al malestar por la metodología empleada en los cabildos. Si bien el SGP debe ser reconocido en estos primeros pasos como una propuesta municipal, la falta de credibilidad en la gestión hace que la mayor parte de jóvenes prefiera no involucrarse: la mayor parte de los comités de gestión están conformados por adultos que superan los 35 años de edad. Es necesario que como un producto de los cabildos se trabajen propuestas que ofrezcan nuevas metodologías y formas de acercamiento de los jóvenes y otros sectores sociales hacia la iniciativa participativa en Quito, aprovechando la oportunidad que ofrece el SGP para la ruptura de las relaciones tradicionalmente clientelares con las que el municipio ha venido operando a través de los años.

Karina Gallegos Pérez,
kgallegosp@hotmail.com

riedad social y laboral a la que se hallan expuestos reiteradamente determinados grupos y capas sociales de las sociedades avanzadas. Aunque los índices de población encarcelada pueden afectar las tasas de desocupación laboral, al desaparecer de las estadísticas una importante reserva de solicitantes de empleo, en el largo plazo el sistema penal ratifica la imposibilidad que los ex-prisioneros puedan acceder a un trabajo, pues aun los puestos no-calificados se hallan ya atestados. De esta manera, los estudios sugieren de manera bastante argumentada que no se trataría de encierros por seguridad a secas sino que tendrían un efecto de “encarcelamiento de diferenciación”, buscando sustraer determinados sectores poblacionales del cuerpo societa¹.

La convergencia, y el refuerzo mutuo de estas dos vertientes, constituye el ámbito que lleva al autor a expresar que se trata de una política de penalización de la precariedad social o, más directamente, la consolidación de cárceles para la miseria. De ese modo, los dirigentes políticos que promocionan el achicamiento del Estado en materia económica y social son quienes impulsan a la vez el fortalecimiento de un Estado de corte punitivo. Y de ese modo también, los sujetos de encarcelamiento coinciden, como se manifestó, con segmentos de la población en donde se vierten políticas étniconacionales y segmentos donde cada vez en mayor proporción se han anulado las condiciones de participación en el mercado laboral y profesional, *ex ante*, *ex post* al encarcelamiento.

Con esto, no se trata únicamente -expresa Wacquant- de que el encarcelamiento es en sí mismo una máquina de pauperización para los penados, sus familias y sus sectores de origen, sino que el sistema punitivo se constituye en un medio criminógeno, pues desata a la vez toda una serie de categorizaciones y clasificaciones sociales que perennizan la inseguridad social. Así, los temas de seguridad, hilvanados por una especie de *consensus* securitario, aluden a una inseguridad en términos de violencia física y

por el contrario trivializan los temas de inseguridad social y económica, y más aún banalizan el progreso en el campo de los derechos sociales y económicos.

Finalmente, en esta dinámica ha confluído una serie de organismos para-públicos, una gama de agentes e instituciones, todos vinculados en distintos niveles a la administración policial y que establecen verdaderos soportes discursivos sobre el tema de seguridad. Pero fundamentalmente alrededor del sistema penitenciario, se ha estructurado una economía penal con al menos dos resultados: en primer lugar, la subcontratación lucrativa de un conjunto de los más diversos servicios privados para el creciente sistema penal, dentro de una desregulación de la administración penitenciaria bajo el lema: “fin al monopilo público de los servicios carcelarios”, lo cual ha llegado a implicar el incremento en proporción geométrica de cárceles privadas en varios países, desatando incluso proyectos de “fomento” de los territorios adyacentes a los puestos carcelarios debido a la cadena de servicios que despliega la atención penitenciaria. Y, en segundo lugar, la contratación de los mismos contingentes internos de las prisiones en diversos sectores comerciales.

Tal como lo detalla este estudio, y a guisa de conclusión, se puede recordar que durante los años 1980 el presupuesto de la administración carcelaria fue el ítem que vivió el salto más grande en el gasto público de algunos países; y, v.g. en norteamérica, al iniciar los años 1990, el sistema carcelario competía en volumen de empleo con una de las más grandes industrias automotrices. Con similar efecto, en 1997 una exposición sobre el tema convocó a unas 650 empresas que ofertaron productos y servicios para cubrir los más diversos requerimientos de este mundo penitenciario: desde mobiliario sofisticado y utensilios, hasta edificaciones y sistemas informáticos.

Por todo esto, las doctrinas de Tolerancia Cero (o “cómo vigilar una sociedad libre”) y las consultorías sobre “seguridad”, junto a las exigencias de un mayor “liderazgo” en temas de seguridad, son tópicos que tienen aquí varios puntos suspensivos.

Juan Fernando Regalado.

1 Similares conclusiones sugiere la investigación dirigida por Pierre Bourdieu, 2000, *La miseria del mundo*, Ed. Akal, Madrid.